

CUARTETO CON PIANO

PRIMER MOVIMIENTO (Allegro non troppo)

0.A

A medida que el tren en el que viajaba ganaba velocidad, la mente de Alberto imaginó el trazado de las vías por las que abandonaba la antepenúltima estación del trayecto.

La línea férrea que comunicaba aquel extremo lugar del continente con su centro concluía en una ciudad, asentada al lado del mar, en la que Alberto tendría que matar a una persona. Alberto se sentía orgulloso de haber participado en algún atraco, en alguna operación logística al servicio de los “Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre”, pero le faltaba su bautismo de sangre: el rito que haría irreversible su compromiso con la revolución que ansiaba más que nada en el mundo, y el recelo sobre la firmeza de su ánimo lo inquietaba. Aún desconocía los detalles: si usaría una pistola o una bomba; si el objetivo sería hombre o mujer; alguien joven o mayor... pero ya sabía que aquel inconcreto atentado condicionaría su futuro tanto o más que un matrimonio o un hijo, y él sentía en su ánimo una impaciencia similar a la de un enamorado o un padre.

Al dejar atrás la estación de aquella ciudad interior había pasado el peligro de que alguien pudiese identificarlo o detenerlo. No había subido nadie a su vagón, y ya había cierta familiaridad entre los pasajeros que venían desde Madrid, no muchos porque el viaje había comenzado a las nueve de la noche del veinticuatro de diciembre y, en teoría, iba a acabar a las once de la mañana del día de Navidad. Como si el cálido ambiente de la Nochebuena se fuese restableciendo en el compartimento del vagón en la misma medida en que el tren ganaba velocidad, la tensión de Alberto se disipó por completo. Complacido por esa reparadora confianza, cerró los ojos y se dejó llevar por el ritmo del convoy, ahora ya muy rápido.

Le invadió entonces una estimulante sensación. Su mente había asociado revolución y tren. La primera locomotora y Marx habían nacido casi al mismo tiempo, como le había explicado un dirigente de los GRAPO después de reclutarlo en la cárcel de Zamora, donde habían coincidido. Se llamaba Lema Cendón, conocido en la organización y por la policía como *Fernando* o *Acosta*.

Ahora Lema Cendón estaba muerto, pero no su prosélito, aún vivo, ansioso, pensando. El ferrocarril y el marxismo eran internacionales. Se habían extendido muy rápidamente por todo el mundo, casi tan rápido uno como otro, como si sólo fuesen distintas expresiones de un mismo fenómeno: el relevante e implacable progreso de la materia.

Sin embargo, a aquella tierra húmeda, espiritual y campesina, donde él había nacido, uno y otro habían llegado tarde. Allí todo había llegado tarde desde la Edad Media: la imprenta, las industrias, ¡la justicia y la libertad!

Un tren lo transportaba a una ciudad donde cobraría sentido ejecutar un acto revolucionario y, entretanto, recorría una naturaleza muerta, fría, violentada —como él violentaría la vida de alguien— por la rectilínea e implacable violencia del progreso.

Abrió los ojos y, cuando desaparecían los muros de los desmontes que cercaban las vías, su atención se fijaba en el paisaje del invierno: los árboles caducifolios reducidos a garabatos y la volátil humedad que nacía de los blanquecinos pastos; los pueblos y aldeas que, a veces envueltos en el humo hogareño que salía de humildes chimeneas, parecían quietos y adormecidos en esa mañana del día veinticinco de diciembre de 1981...

Mientras observaba el exterior, su aliento empañaba la ventanilla del vagón, y pensó que no tanto a causa del frío que seguro hacía fuera, sino porque su pecho hervía de ansia.

*

Todo daba la impresión de estar inmóvil, salvo el tren de mercancías que, lentamente, frenaba.

Desde que tomara el desvío que, naciendo de la estación de un pueblo impersonal, conducía a una central térmica, el maquinista lo había hecho avanzar con mucha precaución. Cuando el tren llegó al pueblo, en el andén de la estación lo esperaba un práctico que subió a la locomotora para ayudar. Era un hombre maduro, jefe de mantenimiento de las instalaciones de la térmica, a quien la empresa había encargado volver a poner en servicio el tramo de vía de su propiedad, construido y mantenido cuando edificaban la central y que había permanecido sin uso desde entonces, hacía ya dieciocho años.

Mientras los largos vagones cargados de carbón iban encarrilándose en él, los dos hombres, concentrados en vigilar la consistencia de las viejas agujas, sólo se transmitieron informaciones técnicas. Después, cuando el tren ya marchaba por el desvío, hablaron más relajadamente de otras cosas, sobre todo de la causa de aquel transporte: tenía que ser muy apremiante para que la empresa pagase el exorbitante precio de las horas extraordinarias que el personal ferroviario realizaba el día de Navidad.

Fue el encargado quien comentó que, en efecto, la central se estaba quedando sin combustible para su caldera porque la mina adjunta, que le proveía de lignito, había tropezado con una veta muy pobre, casi en su totalidad de arcilla. Era un grave error de la jefatura de explotación, agravado porque, además, les estaba costando mucho normalizar la extracción de mineral de calidad. Todo se había modificado en el pueblo en apenas mes y medio: la mina estaba sometida a un expediente de regulación de empleo, y la central, para no parar su producción de electricidad, tenía que traer carbón importado a través de una vieja línea férrea en desuso. Ése era el primer tren que llegaba, pero iba a haber muchos más. Hacía quince días que le habían dado al encargado la orden de reparar la vía, y la semana pasada le habían reducido el plazo para acabar la tarea: todo tenía que estar listo para el día de Navidad. Siete kilómetros de raíles que habían consolidado peones, muchos de ellos mineros fuera de turno, y sus hijos, en jornadas inagotables. Habían concluido el trabajo la tarde anterior, justo a tiempo de celebrar la Nochebuena en sus casas.

Con mucha precaución, lentamente, el tren avanzaba. Pasó muy cerca de la mina, una inmensa explotación de tierra herida que, con sus fantasmales rotopalas, inmóviles como esqueletos de saurios, transmitía sensaciones de desolación. Más allá, a lo lejos y entre las brumas de la mañana, los volúmenes de la central térmica producían una impresión amenazadora: sus inmensas torres de refrigeración, y la chimenea, más esbelta y alta; el cuerpo principal de la caldera y las turbinas; el gran recinto cubierto donde se secaba el mineral que llegaba de la mina...

Allí moría la vía, en un andén terroso situado al lado de los almacenes de material, y allí acabó llegando el tren cargado con carbón traído de allende los mares. Nada más detenerse se aproximaron a él unos operarios arrastrando cintas transportadoras, que se pusieron a funcionar con presteza para vaciar cuanto antes el contenido de los vagones.

El maquinista descendió del tren para ir al aseo. Su próxima tarea era desenganchar la locomotora, conducirla por la vía auxiliar y engancharla en la cola del tren, dejando formada una cabecera inversa para cuando saliesen de la central. Después habría que esperar hasta que los vagones estuviesen vacíos y, como le iba a sobrar tiempo, se detuvo a contemplar con calma aquel espacio descomunal. Desde dentro del recinto calibró mejor la sobrecogedora inmensidad de las instalaciones. También observó cómo afuera, al otro lado de las vallas, había algunos hombres, probablemente mineros, con monos de trabajo o ropa de calle, que miraban severamente hacia adentro. Por contraste con las moles industriales, sus figuras resultaban insignificantes.

0.b

Al salir de la casa de unos comerciantes de ultramarinos, el párroco cerró la puerta aún impresionado por el atávico contraste que allí dentro se había producido ante sus ojos: en el mismo cuarto, oscuro y rancio, acababa de bendecir a una anciana moribunda, con los pulmones encharcados de sangre, y a un saludable bebé de dos meses, que olía a leche recién mamada. Aunque en muchas ocasiones había sido testigo de tan brusca yuxtaposición de la vida y la muerte, cada vez que volvía a sucederle, su conciencia se teñía de un ánimo íntimo y esencial, como si él no hubiera envejecido. Tal melancolía duraba cuando se echó a andar por la acera que discurría paralela a la carretera que acababa en la estación del ferrocarril.

Sin embargo, por influjo de extrañas asociaciones intermedias, el ánimo del sacerdote acabó dominado por la añoranza del profundo espíritu navideño que reinaba en su anterior parroquia, allá en las montañas que separaban Galicia de León. ¡De la melancolía a la saudade! Hacía casi treinta años que había abandonado aquella arcadia comunitaria para llegar al yermo eclesial de aquel pueblo sin personalidad y, periódicamente, la memoria de aquellos tiempos felices lo atormentaba haciéndole consciente de su actual insatisfacción. En todo caso, era una insatisfacción llevadera porque, a esas alturas, se había resignado a ella: ahora tenía sesenta y nueve años, y ya sólo contaba con salir de allí para morir.

El párroco andaba esforzadamente, moviendo su grueso cuerpo como si ésa fuese la forma más adecuada para espantar su añoranza. Como empezó a lloviznar, abrió su paraguas.

Frente al edificio de la estación unos niños jugaban a las chapas, indiferentes a la lluvia. El cura conocía a todos los críos del pueblo: aquellos eran hijos de ferroviarios y de comerciantes, y estaban tan embebidos en su juego que no lo vieron llegar, y él les hizo la broma de revolverles las chapas. Cuando los niños se giraron para protestar, el párroco les tiró algunos caramelos de los que siempre llevaba en los bolsillos de la sotana. Después siguió andando.

Finalmente enfiló la recta que conducía a la casa de doña Clara María Ferreira, viuda de don Augusto Altés-Heinz Montenegro, donde iba a comer. Almorzaba y cenaba con frecuencia en esa casa, la más rica del pueblo, porque, aunque sabía que la iglesia se debía sobre todo a los pobres, le parecía justo que sus ministros se beneficiasen de los bienes de los ricos. Recibir alimento en esa mansión, además de testimoniar tanta ausencia de orgullo como la de aceptar una limosna y dar pie a la buena obra de proporcionar compañía a una pobre viuda, resultaba mucho más agradable que carcomerse en la soledad de la rectoral. ¡Y la cocina era magnífica!, evocación que le hizo sentir más apetito del que

exigía la necesidad de alimento... ¡Concupiscencia! ¡Gula! Un pecado, se dijo, aunque venial...

Hacía frío y en algún punto de sombra en los límites de la estación había placas de un hielo blanquecino. También polvo negro de carbón que había dejado el tren que había atravesado el pueblo hacía varias horas, mientras se decía misa. ¡Qué estruendo había producido en la iglesia al circular por la línea abandonada que pasaba muy cerca, por detrás de ella! Al acabar la ceremonia, el viejo que a veces hacía de sacristán informó al cura de todos los detalles: un tren muy largo, de unos veinte vagones llenos de lignito, que circulaba con mucha precaución y que, al hacer retumbar la tierra en las inmediaciones del templo, llevaba la memoria de la gente al tiempo en que éste se construía...

Como había dejado de llover, el cura cerró el paraguas. Para hacerlo se detuvo a la altura del paso peatonal de hierro que se elevaba sobre las vías, que allí dividían al pueblo en dos. Entonces se fijó en algo extraño, extraordinario y anómalo: una pareja de la Guardia Civil custodiaba la casa de doña Clara. Al reemprender la marcha, se dirigió con su voz poderosa a los guardias.

—¿Qué locuras se han hecho en esa casa? —preguntó.

Los guardias saludaron militarmente y aguardaron así a que el cura llegase hasta ellos.

—Seguro que desfachateces, que es lo que mayormente hacen los ricos —se respondió el cura.

Sonrientes, los guardias le dijeron que ya llevaban allí dos horas, que tenían instrucciones de permanecer hasta nueva orden y que no sabían nada más.

Como doña Clara era una importante accionista de las empresas propietarias de la central térmica y de la mina, al cura se le ocurrió preguntar si había pasado algo en sus instalaciones, algún incidente, alguna protesta.

Pero no había pasado nada. ¡Allí nunca pasaba nada!

—Claro, qué cosas se me ocurren, en este pueblo de hombres con sangre de horchata... —gruñó el cura mientras sobrepasaba a los guardias para entrar en la mansión, un edificio de arquitectura rectilínea y sobria, más propia de una villa centroeuropea que de una casona atlántica.

Ya en el porche, dándose la vuelta con gesto inquisitivo, el párroco se dirigió al guardia más próximo, un joven de unos treinta años.

—No vi a tu crío en la misa del Gallo ni en la de la mañana.

—Está con gripe —explicó el guardia.

—¡Pues que se cure rapidito, que me tiene que ayudar en la del domingo! —le ordenó.

El párroco atravesó el porche y entró en el hall pensando hasta qué punto las autoridades demostraban desconocer el talante de aquel pueblo poniendo guardias para proteger la mansión, pero muy pronto un nutritivo aroma atrajo todo su interés.

—¡Ah de la cocina! ¿Queda algo de la sopita de ajo de anoche? —gritó con mucho ánimo y con toda la potencia de su vozarrón mientras se quitaba su gabardina negra.

*

En el cenador situado en el jardín de la mansión de doña Clara, Ángel comprobaba la afinación de un piano de cola tocando quedamente un villancico muy popular. Mientras interpretaba esa misma melodía en el armonio de la iglesia durante la misa de la mañana, los empleados de la mansión habían transportado el piano desde la casa a su actual emplazamiento. Allí, esa tarde, un cuarteto de alumnos de doña Clara iba a empezar los ensayos para el concierto que el lunes siguiente se celebraría en la Sociedad Filarmónica de

La Coruña con motivo del primer aniversario de la muerte del marido de la señora, que, entre otros méritos, había sido presidente de tal institución.

Al regresar a pie de la iglesia, con su blanco hábito de dominico flotando a causa del viento y recibiendo en la piel el aire frío de la mañana, Ángel se complacía de haber pasado la Nochebuena y la Navidad en ese pueblo, y no en el ambiente impersonal y poco estimulante del convento de la ciudad. Si allí sólo era uno más entre los hermanos y los padres de su orden, aquí era alguien importante: vivía en la mansión con doña Clara, atendido reverencialmente por el servicio, y, en la iglesia, los fieles mostraban respeto por su hábito y aprecio por sus interpretaciones musicales. Pero ahora, deletreando en el piano las notas de aquel dulce canto, pensaba en que dentro de poco su relevancia iba a menguar. Los otros tres músicos, Antonio, Ana y Amalia, estaban a punto de llegar, y el clima pío y familiar que había vivido anoche cenando con el párroco y doña Clara iba a ser sustituido por la confusa mezcla de la frivolidad de Antonio y la ácida ironía de Ana; o, aún peor, por la inquietud que Amalia suscitaría en su corazón, ya que los intensos sentimientos que experimentaba hacia ella le hacían comportarse con una ridícula inseguridad, sobre todo en presencia de terceros...

Cuando llegó a casa de regreso de la misa dudó qué hacer. No tenía ninguna ocupación hasta la comida, así que pensó en hacer ejercicios de arco y digitación en la viola, instrumento que tocaba en el cuarteto y que en los dos últimos días ni siquiera había retirado de su estuche porque ensayar en el piano de casa tanta música litúrgica como después tocaba en el armonio de la iglesia le había ocupado todo el tiempo.

Sin embargo, antes de ponerse a ello se sintió en la obligación de visitar a doña Clara, que descansaba en sus habitaciones. Fue ella quien le pidió que verificase cómo habían dejado el piano los brutos del casero y su hijo, a los que, desde su lecho, había oído vociferar empujando el instrumento para que rodase por encima de unos tablones de madera colocados sobre el césped.

Ángel obedeció con calma: se desvistió de su hábito en su cuarto y disfrutó de esos últimos momentos de soledad deambulando demoradamente por la mansión y el jardín hasta llegar al cenador.

Allí seguía ahora, acompañado de la resonancia del piano y de la pálida luz de un mediodía de invierno. La viola permanecía abandonada, guardada en su funda, sobre una silla. Acrecentada por el chispear de unas intermitentes gotas de lluvia, una suave melancolía parecía haberse adueñado del ambiente.

Pasado un tiempo, aquel clima moral fue interrumpido por el lejano vozarrón de don Benedicto, el párroco. A través de los sucesivos ventanales, Ángel lo vio entrar en el salón. Como allí se había encendido la luz eléctrica, su gruesa figura negra se podía distinguir muy nítidamente acercándose a la mesa donde ya estaban los aperitivos. Al mismo tiempo que picaba de alguno de ellos, parecía comentar algo con el casero, que lo acompañaba.

Entonces Ángel miró el reloj: ya casi eran las dos de la tarde, la hora de la comida. Como la anfitriona aborrecía la impuntualidad, el huésped dejó de tocar, cerró la tapa del teclado y, con un lento y resignado caminar, se dirigió hacia la puerta del cenador.